

HERMANAS DE FIN DE SEMANA

Kristien Hemmerechts,

Traducción de

Cristina Goicoetxea

Universidad de Leiden

A propósito de la autora.

Kristien Hemmerechts (1995) se ha convertido en poco tiempo en una de las escritoras más destacadas de su generación. En 1990 fue una de las autoras más jóvenes que recibió el Premio Trienal de prosa del Estado Belga, que se le otorgó por su novela *Brede Heupen (Caderas anchas)*. Sus novelas y relatos tratan de los intentos fatigosos, sobre todo de las mujeres, de dar un sentido más profundo a las relaciones con sus amigas o amigos, padres e hijos. En sus libros las mujeres reflexionan sobre su identidad, corporalidad y sexualidad.

“Creo que mi temática habla de la incapacidad y la impotencia humana”, explicaba Hemmerechts en una entrevista; y sus relatos y novelas parecen todas variaciones de esta temática general. La impotencia de sus personajes aparece reflejada en diferentes niveles, pero donde mejor se ve es en la comunicación deficiente. Raras veces comentan sus personajes los problemas con otras personas, más bien sufren esos problemas de tal forma que todavía los hace más solitarios y tristes. El hablar a menudo les lleva a malentendidos o despierta en ellos sentimientos de incomprensión. Sus personajes están marcados con frecuencia por un acontecimiento pasado que todavía los persigue. No es fácil señalar un culpable, porque cada personaje, hombre o mujer, es una víctima de las circunstancias, de sus propias deficiencias, frustraciones y deseos.

Su estilo es frío y controlado, utiliza un lenguaje sobrio que por un lado se adapta muy bien a la resignación y pasividad de la mayoría de sus personajes, pero que por otro lado contrasta de forma violenta con el ambiente de angustia que con frecuencia se crea. La sugestividad y el ritmo sintáctico desempeñan un

papel importante en esta prosa y bajo la aparente distancia imperturbable que caracteriza a muchos de sus personajes, brotan sentimientos impetuosos, recuerdos no asimilados, deseos y frustraciones nunca pronunciadas. Se puede descubrir mucho entre sus líneas y más de una vez determinados aspectos se esconden a propósito. La mayoría de las veces, las preguntas quedan sin respuesta y los problemas sin soluciones, porque lo que más bien le importa a Hemmerechts es "mostrar cuán compleja es la realidad y cuán imposible resulta en ocasiones emitir un juicio sobre ella".

HERMANAS DE FIN DE SEMANA (para Jaklien Peeters)¹.

Saskia tiene miedo a la oscuridad. Cuando se apaga la luz, se queda tensa por el miedo y no puede o no se atreve a levantarse de la cama, ni siquiera para volver a encender la luz. Los que sólo la conozcan de día, nunca creerían que a Saskia le da miedo la oscuridad.

-Enciende la luz. Un momentín, venga.

"Un momentín" es la muletilla de Saskia. A veces también la utiliza yo ahora cuando mi madre me llama.

-Espera un momentín. Enseguida voy.

-Nada de momentines. Vienes ahora. Inmediatamente.

Mi madre odia esa palabra.

De día, Saskia es un payaso que no para de cotorrear y poner caras. Quiere ser actriz y ya ha salido un par de veces en la televisión. Una vez vino a nuestra escuela una señora que necesitaba niños para un programa. Los que querían participar, tenían que cantar o contar algo delante de la clase, pero todo el mundo sabía de antemano quién saldría elegido.

-Lu-cy, Lu-cy, Lu-cy -decíamos todos juntos a coro.

A Lucy esto le parecía de lo más normal y ni siquiera se sonrojaba. Supongo que en la clase de Saskia también pasa lo mismo.

El padre de Saskia, antes de salir con mi madre, tenía una novia que trabajaba en el teatro, y en aquella ocasión Saskia pudo hacer un papel corto.

Ella era la niña a la que la madre echaba de la habitación cuando recibía a su amante.

-Cariño, sé buena y sube a jugar con las muñecas -decía la madre, y luego Saskia tenía que decir:

-Sí, mamá.

Pero se escondía detrás del sillón para no perderse nada. Anne-Lore -la novia- hacía el papel de madre y Saskia podía utilizar el mismo camerino que ella. Después de la primera representación, a Saskia le dieron flores igual que a ella. Su padre grabó la obra y Saskia me ha prometido que la podré ver en vídeo si alguna vez voy a su casa. Saskia tiene grabado en vídeo todo lo que ha hecho. Si ella quiere, se puede ver todos los días. En realidad, por lo que siento una mayor curiosidad es por ver a Anne-Lore ya que Saskia dice que era muy guapa y amable. Siempre sonreía. Y nunca estaba enfadada.

-Papá, -pregunta Saskia a veces- ¿cuándo va a representar Anne-Lore la próxima obra?.

Y se acurruca en su regazo y le pone el brazo sobre el hombro y su mejilla contra la de él.

-¿Iremos entonces a verla, papá? Venga, por favor. ¿Vas a llamar a Anne-Lore? Y pregúntale si tiene un papel para mí. Papá, ¿cuándo vas a invitar a Anne-Lore? Tengo tantas ganas de verla otra vez.

Su papá siempre se ríe cuando Saskia dice tales cosas.

-Cariño mío -le dice, y le da un beso.

Pero Anne-Lore no tenía hijos y era una pena. Saskia dice que yo soy su preferida de todos los hijos de las novias de su padre. Pero mi mamá le parece demasiado estricta. Y le parece demasiado mayor para su papá. Su papá siempre tiene novias rubias y mi mamá tiene el pelo moreno.

-Marijn es la típica profesora -dice.

Al principio me resultaba extraño que Saskia llamara Marijn a mi mamá, pero ahora yo también lo hago algunas veces.

-Marijn, ¿a qué hora cenamos?

-Eso se lo tienes que preguntar a Leo.

Leo es el padre de Saskia. Cuando Leo está en casa, siempre cocina él. Mi papá nunca cocinaba.

La primera vez que Saskia vino con su padre a pasar un fin de semana, Marijn le había preparado la cama en la habitación de los invitados. Aunque Saskia le preguntó a su padre si podía dormir con él, Leo le dijo que eso era imposible.

-Venga, papá, por favor.

¹ Este cuento apareció publicado dentro de la colección de *relatos Kerts en andere liefdesverhalen* bajo el título *Weekendzusjes* (Amsterdam, Ed. Atlas, 1992)

-Cariño, tienes que entenderlo, ¿no?

Después de todos esos años, claro que Saskia debería entenderlo.

-Por favor, papá.

-Sé valiente, hija.

Leo apagó la luz y Saskia estaba perdida. La puerta se quedó entreabierta, pero no había luz en el pasillo. Cuando Leo y Marijn se fueron a dormir, Saskia todavía estaba llorando. No quedaba más remedio que trasladar la cama de los invitados a mi habitación.

- Y ahora a dormir, ¿eh?

- Mamá, ¿qué pasa?

- Oh no, ahora ésta también se ha despertado. Las dos tenéis que dormiros. Y no os levantéis antes de que venga a llamaros.

Luces apagadas. Puerta cerrada.

- Enciende la luz. Un momentín, venga.

- Tenemos que dormiros

- Un momentín, venga. Encendí la luz.

-¿Te sabes el chiste de la monja que no sabía qué era estar enamorada?'

- Ssss. Mi madre nos va a oír.

- Un día se encontró con un monje que la..

-Niñas, ¡ahora va en serio! No quiero oír ni una palabra más.

Luces apagadas. Puerta cerrada.

- Marijn huele mal - susurró.

- ¡No es verdad!

- Que sí. Y tú también hueles mal.

Pero su cama se ha quedado en mi habitación. Marijn aún la sigue llamando la cama de los invitados, aunque es Saskia la única que la utiliza. El viernes por la tarde o el sábado por la mañana, Leo la recoge de la casa de su mamá, y después vienen juntos aquí. A veces Saskia se queda en casa de su mamá porque hay una fiesta familiar o se va a dormir a casa de una amiga, y entonces ya no la veo ese fin de semana. La profesora de ética la llama mi hermana de fin de semana. Una vez escribí una redacción sobre una excursión que habíamos hecho los cuatro juntos, y la profesora quería saber quién era Saskia. Cuando se lo expliqué, dijo:

- O sea que tienes una hermana de fin de semana.

Sonrió. Hermana de fin de semana. Me parece un nombre bonito, pero aún así no se lo he dicho a Saskia. Ni tampoco a Marijn.

Saskia dice que sus padres nunca se han peleado. Un día simplemente descubrieron que eran como hermanos.

- Siempre se enamoraban de otras personas -dice Saskia.

Y luego su mamá se enamoró de la mujer de la que su papá estaba enamorado y sabía que iba en serio. Antes de conocer a Saskia, no sabía que las mujeres se pudieran enamorar de las mujeres, o los hombres de los hombres, pero en Suecia, dice Saskia, los hombres se pueden casar con otros hombres, y pueden adoptar un niño si quieren.

-¿Cómo hacen el amor dos hombres juntos?

Eso ni siquiera Saskia lo sabe.

- Supongo que normal.

-¿Cómo normal?

- Pues, normal normal.

Saskia ha acordado con su madre que puedo ir un día a su casa y así podré ver dónde vive cuando no está con nosotros, pero también lleva mucho tiempo prometiendo que me va a enseñar dónde vive su padre cuando no está en nuestra casa, y nunca lo hacemos. O mi madre quiere que vayamos de compras, o Saskia tiene clase de declamación, o tenemos visita.

-¿Sabrá Marijn que tu mamá vive con una mujer?

- Claro que lo sabe.

Según Saskia, Leo y Marijn no van a durar mucho.

- Nunca dura mucho, -dice.

Dice que entonces tampoco nos podremos ver más.

- Siempre es así -dice.

Pero yo creo que mi mamá y su papá todavía van a durar algún tiempo, porque tienen planes para ir juntos de vacaciones y dentro de poco vienen las tías a visitarnos. En un momento de descuido, Marijn les contó que tiene un novio, y ahora quieren conocerlo a toda costa.

-Lo siento, Leo -dice Marijn- pero me lo han sacado.

-Pero si no es ningún problema - dice él.

Leo dice esto a menudo. Cuando mi mamá le cuenta que prometió a mi papá ir juntos a visitar a su madre que está muy grave y que por eso no puede enterarse de que están separados, Leo le responde:

-Claro que tienes que ir. Pero si no es ningún problema.

Saskia no puede entender que yo no sepa por qué mis padres están separados. Y quiere saber por qué veo tan poco a mi papá. Pero eso ni yo misma lo sé. Sus padres siempre lo comentan todo con ella. Y nunca están enfadados. Cuando su mamá vio a Leo en la cama con Vera, la mujer que ahora es su novia, no empezó a echar pestes o cosas así, sino que simplemente se metió en la cama con ellos.

-Mamá quería saber qué era lo que tenía aquella mujer -dice.

Algunas veces por las mañanas, Saskia y yo nos metemos en la cama con Leo y Marijn y entonces ella empieza.

- Papá, ¿sabes por qué Marijn se ha separado de su marido? Papá, ¿te gusta más hacer el amor con un hombre que con una mujer?

O pregunta si él y Marijn van a hacer un hijo juntos.

-Un niño chiquitín. Venga papá, por favor, yo lo cuidaré. Y mamá ya lo cuidará también. Venga, venga, venga. Si esperas todavía más, Marijn será demasiado vieja.

O le pregunta si le molesta que a Marijn le crezcan pelitos en los pechos.

-De verdad, papá, le crecen pelitos en los pechos. Se los he visto. ¿Le salen porque le han quitado el útero? Papá, ¿le quitaron el útero? ¿Por eso no vais a hacer hijos?

Leo siempre se empieza a reír muy alto cuando Saskia se pone así. Pero algunas veces Saskia dice:

-Papá, tienes una barriga grande. Si yo fuera mamá, tampoco querría hacer más el amor contigo. Marijn, ¿no te parece a ti también que Leo tiene una barriga grande?

Marijn nunca sabe cómo tiene que reaccionar. La mayoría de las veces no dice nada en absoluto y se levanta enseguida.

Cuando mi padre todavía vivía con nosotras, cultivaba cactus. Había una jardinera delante de la ventana y allí se pasaba horas y horas. Las gafas, de media luna para leer, se le caían hasta la punta de la nariz. Cuando pienso en aquel tiempo, siempre me viene la imagen de mi padre inclinado ligeramente sobre la jardinera. El jardín estaba lleno de plantas que eran demasiado grandes para la jardinera y de las que no se había deshecho. Las flores de los cactus pueden ser increíblemente hermosas. En mi habitación había por lo menos unos veinte cactus que él me había regalado y que florecían en diferentes temporadas, pero Marijn los tiró todos.

- No quiero ni un cactus más en mi casa -gritaba-. Me pondré a gritar si alguien pronuncia la palabra cactus.

Ya estás gritando, pensaba yo. Siempre estás gritando. Las tías también estaban allí en aquel momento. Dios sabe lo que hubiera pasado sin las tías. La tía Alma se llevó la jardinera y todas las plantas de papá, y sus grabados de aguafuerte y sus ropas y sus libros, todas las cosas que él aún no se había llevado. La tía Yvonne se puso un par de guantes y metió todos los cactus en una bolsa de basura gris. Marijn gritaba.

- No quiero ver nada más de ese hombre en mi casa. Nada. Nada.

Nada.

-¿Dónde estaba papá? ¿Qué había hecho?

Un día, Marijn me vino a buscar a la escuela y me dijo que no podíamos ir a casa.

-¿Por qué no?

-Porque ha ocurrido algo muy muy grave. No puedo decirte qué. Es tan grave.

Estaba sentada al volante, llorando y yo quería que pusiera el motor en marcha y nos fuéramos, porque todos los niños que salían por la puerta de la escuela la podían ver. Quería que nos fuéramos a casa pero no podía ser.

-¿Dónde vamos?

-No lo sé. Pensemos bien. ¿Tienes dinero?

-Cien francos. ¿No podemos pensarlo en otra parte?

Esa noche dormimos en una casa de acogida de mujeres, una casa vieja a las afueras de la ciudad, llena de mujeres y niños. Había una cocina y un baño común, y todo estaba sucio o roto. Tenía hambre pero no me entraba nada. La noche siguiente dormimos allí otra vez, y también la siguiente, pero mi madre no podía aguantar a todas esas mujeres con sus hijos. Luego, la tía Alma vino a recogerlos y nos quedamos dos semanas en su casa. Mamá no estaba bien. Cuando por fin pudimos volver, la casa no había cambiado nada de nada. Unas semanas más tarde, mi padre me estaba esperando en la puerta de la escuela. Quería saber qué tal estaba yo y fuimos a tomar algo juntos. Él no había cambiado nada de nada.

Pero ahora Marijn está enamorada y las tías quieren saber de quién. La tía Alma nos ha escrito una carta diciendo que todas vienen, la tía Mathilde, la tía Yvonne, la tía Yolande, la tía Marie-Josée y ella misma, la tía Alma. Quieren ir de compras, porque la tía Yvonne necesita una montura nueva y la tía Mathilde quiere saber cuánto cuestan los sillones de cuero hoy en día, y todas quieren ver la nueva moda.

-Ya sabes qué pasa cuando la gente del pueblo va a la ciudad, -escribe la tía Alma.

Pero antes van a venir a casa a tomar café y así ver al nuevo novio de Marijn.

A Marijn la han criado sus tías. Su madre, mi abuela, murió cuando Marijn todavía era muy pequeña. Era la más joven de las seis, y la más loca, dicen las tías. Todos los veranos voy al pueblo a pasar unos días en casa de las tías, pero Marijn no lo entiende. Ella quería salir de allí tan pronto como fuera posible.

-Todo el mundo allí siempre sabía todo sobre todo el mundo,

La tarde anterior a la visita de las tías, Saskia y yo oímos a Leo y Marijn en la habitación de al lado.

-No, no, no, -grita Marijn-. No, no, no. Mi hija...mi matrimonio...mi...mi, mi.

-Enciende la luz, -susurra Saskia.

Pero yo me pongo la almohada sobre la cabeza y todavía puedo oír su voz que grita y grita, no, no, no, y ahora soy yo la que grita, que grita que no quiero que nadie grite, que es mi papá, mi papá, quiero estar con mi papá.

-¿Qué ocurre, qué pasa, Saskia, qué tiene, qué le has dicho?

-Yo no he dicho nada. Vosotros habéis gritado de todo. Vosotros habéis empezado.

Marijn me rodea con los brazos y nada más soltarme, hay otro par de brazos. Leo me acaricia. Leo nunca me había acariciado antes.

-Yo también -dice Saskia-. Yo también quiero un besito.

Y nos dejan levantarnos. En la cocina, nos dan una taza de leche caliente.

-Venga, Saskia, cuenta un chiste, -dice Leo.

Y Saskia empieza. Una vez había un holandés, un chino y un belga, y el holandés... y el chino... y el belga...

Marijn no puede más de la risa.

-Haz otra vez el chino -le pido.

Y Saskia vuelve a empezar y Marijn le deja, no dice que tenemos que ir a dormir. Ya han dado las doce cuando los cuatro subimos a las habitaciones.

-Si se enteraran las tías -dice Leo.

-O sea que tú eres Saskia -dice la tía Alma.

Las tías han traído bombones para Marijn, y puros para Leo. A Saskia y a mí nos han dado una camiseta y una barra de chocolate. Tenemos que darles besos y nos acarician el pelo. Me siento como una huérfana que ha encontrado

refugio por un tiempo con Leo y Marijn, pero ahora parece ser que las separaciones también han llegado al pueblo. Frieda, del estanco, ha dejado plantado a su marido con los tres hijos, y un tal Frank hace ya meses que se ha escapado de su mujer.

-¿Quién hubiera pensado eso de Frank? Era un chico tan formal.

-Siempre me gustó para nuestra Marijn.

-Tendrías que venir a vivir con nosotras, Marijn. Sería más saludable para las chiquillas. Mira qué pálidas están.

-¿Ya sabes algo de él, Marijn?

Él es mi papá.

-Sss, Marie-Josée, las niñas.

Las niñas somos nosotras.

-¿Vamos a jugar con las muñecas? -me pregunta Saskia.

-Quedaros en la mesa, Saskia, todavía falta el postre. Claro que sé algo de Jeroen. Lo contrario sería difícil debido a la niña.

La niña soy yo.

Las tías se van de compras y Marijn nos manda con ellas. La tía Yvonne no necesita una montura nueva, pero sí un corsé nuevo, y Saskia no se lo puede creer cuando ve a la dependienta enseñarle los diferentes modelos. Nunca había visto un corsé, ni siquiera sabía que existiera algo así.

-¡Pero si eso tiene que hacer daño!

Las tías se ríen porque las cinco llevan uno puesto. Le dejan a Saskia tocarlo.

-¡Es tan duro!

-Son las varillas.

-También tenemos modelos sin varillas, -dice la dependienta.

Pero la tía Yvonne no quiere saber nada de eso.

-Es que una necesita un pequeño apoyo, -dice.

Después vamos a tres tiendas diferentes de muebles, pero la tía Mathilde no encuentra nada de su gusto y nos vamos a comer crepes.

-¿Qué edad se tiene que tener para llevar un corsé? -les pregunta Saskia.

Esto les hace reír otra vez.

-Come bien, chiquilla, y pronto serás lo suficientemente mayor.

Nos sirven otro crepe y de repente Marie-Josée suelta la pregunta:

-Saskia, ¿tienes una mamá?

-Dos incluso, -dice Saskia-. Una se llama Linda y la otra Vera. Y duermen en la misma cama. Y algunas veces me dejan acostarme con ellas. Linda y Vera y Saskia.

Las tías se ríen mucho. Sus pechos se menean y los collares de perlas y las cadenas de oro se mueven de arriba a abajo.

-¿Te gustaría venir a pasar unos días con nosotras, Saskia? -le pregunta la tía Alma-. Seguro que es más divertido con las dos. Claro que primero se lo tienes que preguntar a tu papá y a tu mamá.

-Oh sí, -dice la tía Mathilde.

-Sí, -dice la tía Yvonne y 'sí' dicen la tía Yolande y la tía Marie-Josée, y entonces nosotras también decimos 'sí'. Y nos dejan. Linda nos deja y Leo nos deja y Jeroen nos deja y Marijn nos deja. Juntas escribimos una carta a la tía Alma. Nos dejan. Vamos. Pero sí que me parece un poco raro, porque estoy acostumbrada a ver a Saskia sólo durante el fin de semana, y a las tías y el pueblo los conozo ya desde hace muchos años. No me puedo imaginar como será con ella allí.

-Qué suerte la vuestra, vacaciones juntas, -nos dicen Leo y Marijn.

-Qué suerte la vuestra -dice Saskia-. Dos semanas sin niñas.

Pero después se acurruca en el regazo de Leo y le pregunta si la echará de menos.

-Si quieres me quedo en casa contigo.

Pero Leo y Marijn tienen otros planes. Quieren ir a pasar algunos días a Viena o a Praga o a Berlín. En agosto iremos los cuatro juntos de vacaciones, y Saskia además también se va con Linda una semana de vacaciones a la costa.

-¿Y tú, vas de vacaciones con tu padre?

-No.

-¿Por qué no?

-Porque no.

Nunca veo a mi padre más de dos o tres horas seguidas. No me puedo quedar a dormir en su casa porque no tiene una cama para mí en su apartamento. Ni siquiera tiene sitio para la jardinera. Saskia piensa que ella lo tiene mejor organizado. Tiene una cama en tres sitios diferentes: en casa de su mamá, en casa de su papá, y en nuestra casa, pero a mí eso no me gustaría. A Saskia se le pierden continuamente ropas y libros porque nunca se puede acordar dónde las ha dejado.

Cuando voy a pasar unos días a casa de las tías, los tres o cuatro primeros días son sólo para la visita familiar. Todos me quieren ver porque soy la hija de Marijn, la nieta de Isabelle.

-Cuando veo andar a esa niña, -dice la gente que conoció a mi abuela-, es exactamente como si Isabelle hubiera vuelto.

O bien dicen:

-Igual que su madre. Es increíble que una niña se pueda parecer tanto a su madre.

Y me dan regalitos para Marijn, confituras, o un mantel o peras en almíbar. Pero cuando las visitas se han terminado, puedo hacer lo que quiera. En el cobertizo de la tía Alma hay bicis viejas y entonces voy en bici por el camino junto al canal hacia el molino y veo la rueda que coge el agua y la echa, la coge y la echa, de forma que te puedes quedar mucho tiempo mirándola porque te preguntas si se parará, pero no se para. Los niños del pueblo se reúnen en el puente y quedan para ir de excursión, o simplemente charlan un rato. El año pasado las tías me chinchaban con Marius, un chico alto y delgado con rizos negros. Me decían que era por él por lo que iba en bici todos los días hasta el puente y que estaba enamorada de él. Con el tiempo ya no me atrevía a mirar más a Marius porque tenía miedo de ponerme roja. Siempre hay parejitas junto al puente, y en la hierba detrás del molino la gente se besa y cosas así, pero todavía me siento demasiado joven para eso. Y tampoco quisiera echarme nunca allí en la hierba, porque me hace pensar en mi abuela, Isabelle, a la que encontraron junto al puente, hace muchos años, antes de que yo o Marius hubiéramos nacido. La tía Alma me lo ha contado probablemente cien veces. Isabelle era una salvaje. Así lo decía la gente. En la iglesia el párroco predicaba contra ella. Era un mal ejemplo. Una manzana podrida. Y los otros niños se tenían que mantener lejos de ella, sus padres se tenían que encargar de ello. Y luego se quedó embarazada, no quería decir de quién. Aún no tenía ni dieciséis años. Todo el pueblo comentaba el escándalo. Su madre la mandó a un convento y no quiso saber nada más de ella, pero sus hermanas fueron a visitarla cuando la niña nació y se la trajeron a casa para cuidarla. A Isabelle la tuvieron que dejar allí porque no estaba bien, veía orugas por todas partes, lloraba y veía orugas y gritaba, y veía orugas. En la mesa, en la comida, en la cama, en la ropa, en el pelo. Un día se escapó del convento y una semana más tarde encontraron el cuerpo. Junto al puente. Se había quedado colgando de uno de los puntales. Estaba desnuda y el pelo le caía cubriéndole la cara. Como si no tuviera cara. Tenía pelo largo y castaño. Como Marijn. Como yo. Cuando estoy junto al puente, a menudo pienso en ello. Ni siquiera tenía tres años más de los que yo tengo ahora. Me resulta raro estar ahí hablando y que no se pueda notar en el puente que su cuerpo se quedó allí colgando, pero de todos modos, me gusta ir en bici al puente porque todos los niños van allí. Toda la gente del pueblo sabe lo que entonces ocurrió, y dentro de poco Saskia también lo sabrá porque a la tía Alma le encanta contar. Tiene un

álbum con fotos de toda la familia y por las tardes cuenta cosas sobre ellas. Mi madre no puede aguantar todas esas historias.

-Porque me hayan sacado de ese convento, no tengo por qué oír esa historia tres veces al día durante toda mi vida, -dice.

La tía Alma nunca ha estado casada y por eso es la que más ha cuidado a Marijn. Era la mayor y sus hermanas ya tenían niños propios. Así lo dice Alma. Niños propios.

El último sábado del año escolar tengo que elegir: o voy a la fiesta de la escuela de Saskia, o voy a casa de mi papá. Saskia quiere que vaya con ella porque va a actuar absolutamente sola y podría ver a su mamá y a Vera, que quizás está embarazada porque el mes pasado se hizo la inseminación artificial, pero si no voy ahora a casa de papá, entonces ya no lo veré en los próximos dos meses.

-Pero si ya sé lo que vas a hacer, -le digo.

La he visto estudiarse el numerito en casa una y otra vez.

-Es otra cosa con la luces y los trajes.

-No, -le digo-, voy a ver a papá.

-¿No puedes ir el domingo?

-Mamá dice que tengo que ir el sábado.

Le he comprado un cactus y se lo quiero dar. Mamá me lleva en coche hasta la entrada del edificio de apartamentos. -A las cinco vengo a recogerte.

Le digo adiós con la mano mientras se aleja. Mi papá está contento con el cactus. Le dejo ver las notas y me dice que hago bien en esforzarme. Ha comprado coca-cola y patatas fritas y vemos juntos la televisión. Hay dibujos animados, después una película del oeste y después un programa de la televisión educativa. A las cinco menos cinco me lleva abajo.

-Dáale muchos recuerdos a tu madre, -dice.

Cuando el coche de mi mamá se para frente a la puerta, estoy sola esperando en la acera. No me pregunta qué tal me ha ido con mi papá y tampoco le doy los recuerdos de su parte. Por la tarde, Saskia está muy animada. Con las ropas de la representación y el maquillaje todavía puesto, me ofrece una actuación extra.

-Y ahora -dice- el notición. Vera está embarazada. Voy a tener una hermanita o un hermanito o algo similar. ¿Podrá venir el bebé aquí también? Venga, Marijn. ¿Qué nombre crees que hay que ponerle al bebé? ¿Serás un papá para él, Leo?

Por la noche en la cama, le cuento que mi mamá tampoco conoció nunca a su padre, y al día siguiente ya lo está soltando.

-Marijn, ¿es verdad que tu mamá veía orugas por todas partes? ¿No tienes miedo de terminar también viendo orugas por todas partes?

-Y tú Saskia, ¿no tienes miedo a veces de que te den un par de tortas?

-Marijn está enfadada, Marijn está enfadada, -canta Saskia.

-Cállate Saskia.

-Y Leo también está enfadado. Leo y Marijn están enfadados. Se van juntos a Praga y aún así están enfadados.

Pero yo estoy pensando en mi abuela que nunca fue abuela, que siempre se quedó en muchacha. Una muchacha con el pelo que le caía sobre la cara.

-¿Harás caso a la tía Alma? ¿Y serás amable? ¿Y educada? ¿Tú también Saskia? ¿Prometido?

Lo prometemos.

Todos los tíos y las tías, los primos y las primas, nos quieren ver, y en todas partes nos dan limonada y galletas y chocolate, y Saskia tiene que repetir constantemente qué le parece el pueblo. Y por las tardes, la tía Alma nos enseña el álbum, fotos de sus hermanas y de sus padres, y de la granja que se vendió, y del hombre del que estuvo muchos años enamorada pero que se casó con otra, y muchas fotos de Marijn y de los hijos de sus hermanas y de los hijos de éstos.

-Yo lo guardo todo -dice- tengo tiempo para hacerlo.

La segunda tarde ya le cuenta a Saskia lo de mi abuela, y Saskia hace como si no supiera la historia.

-¿Orugas? -dice.

-Sí, -dice la tía Alma- orugas.

Para cuando ya no tenemos que ir a visitar a nadie y por fin podemos ir a andar en bici, ya han pasado cinco días. No se me puede olvidar que para frenar tengo que pedalear hacia atrás, y el sillín de la bici de Saskia está demasiado alto pero la tuerca está oxidada. Vamos en bici hacia el puente por el camino junto al canal. Ya veo a mis amigos desde lejos, los saludo y ellos me devuelven el saludo. No necesito presentarles a Saskia porque todos ellos ya saben que llegaba. Se sienten incómodos porque Saskia es nueva y porque a mí no me han visto desde hace un año, pero mañana ya no será así, lo sé, y actuarán de forma normal. Marius también está y yo, claro, me pongo roja y el también se pone un poco rojo. A las diez es hora de volver en bici a casa y de escuchar a la tía Alma que cuenta sobre el álbum de fotos. Al día siguiente, comienzo de nuevo, visita familiar, helados, galletas, limonada, en bici hasta el puente, y este año creo que

sí estoy un poco enamorada de Marius y Marius de mí, pero a Saskia Marius le parece todavía un crío y no quiere venir más al puente. Me dice: .

-Vete tú. Yo me quedo aquí. Son todos unos críos.

-Venga, Saskia, ven conmigo.

-No tengo ganas. El sillín me hace mucho daño entre las piernas. Mañana iré. Pero hoy no.

Podría saber qué está planeando, pero creo lo que dice y voy en bici al puente y me quedo charlando. Cuando llego a casa, está con la tía Alma inclinada sobre el álbum. Jadeando un poco de la vuelta en bici, me siento con ellas, escucho a medias y pienso en Marius. Saskia me lo cuenta en la cama. No tiene por qué tener miedo porque fuera aún es de día y las cortinas están entreabiertas y me lo cuenta:

-Lo sé todo sobre tu padre -me dice-. ¿Quieres saberlo?

Yo no sé si quiero saberlo pero me dice:

-Métete en mi cama.

Me meto en su cama. Ahora está muy cariñosa, me hace apoyarme en el hueco de su brazo.

-Alma me lo ha contado. No te lo podía contar. Marijn no puede saber que lo sé. Y por supuesto tampoco que tú lo sabes. ¿Prometido?

-Prometido.

Me lo susurra al oído. Termina muy rápido. Una alumna de mi madre. Trece años. El marido de la tía Mathilde pudo evitar que mi papá fuera a la cárcel.

-¿Lo entiendes todo ahora? Quédate a dormir junto a mí. Yo te cuidaré.

No hay mucho que hacer en el pueblo. Siempre la familia. Y limonada. Y galletas. Y Saskia que habla con la tía Alma sobre la familia. Historias que ya he escuchado miles de veces. Ya no voy en bici al puente, me mantengo lejos del río, del molino y del camino junto al canal. Las bicis viejas no sirven para nada.

-¿Te has peleado con Marius? -me pregunta la tía Alma.

-No.

-O sea, sí.

Saskia intenta ser muy cariñosa y puedo dormir con ella todas las noches.

-Yo te cuido, -me dice siempre.

Por primera vez en mi vida me aburro en el pueblo. Llamo a Marijn que ha vuelto de Praga. ¿Lo has pasado bien? Muy bien. Tres días más y nos vendrá a recoger. ¿Estamos bien? Sí, sí. ¿Que si tengo un novio? ¿Yo? No, y Saskia tampoco. Y entonces nos vienen a recoger, Leo y Marijn, y primero tomamos café y comemos tarta y todas las tías vienen a despedirse. Leo abraza a Saskia como si no la hubiera visto desde hace meses, y también me abraza a mí, y Marijn también nos da un beso a las dos. Y entonces, claro está, puede contar Saskia un chiste. Abre mucho los ojos, como hace siempre cuando se dispone a contar algo y dice:

-Había una vez un hombre, y había una vez una mujer, y estaban enamorados.

Y suelta una carcajada, y ahora a mí también me entra la risa. Nos miramos entre nosotras y nos partimos de risa. Nos reímos tanto y tan fuerte que se nos saltan las lágrimas. Las lágrimas resbalan por nuestras mejillas.